

Encuentros en La Habana

Goy P/ 1715

Al cabo de doce años

Si, escribo **encuentros** así, en plural, porque además de asistir al «Encuentro de Intelectuales por la Soberanía de los pueblos de nuestra América», algunos delegados de algunos países (en el caso de España, **invitados**) pudieron encontrar y reencontrar otras y muy varias cosas, como ahora se escribirá. Cosas notables, curiosas, algunas muy esperadas pero aún balbuceantes en su formulación, y realmente portadoras de augurios que ojalá se cumplan.

No son mucho doce años —«doce años y cinco meses», me corrigió un amigo cubano— desde la noche del gran **show**, o **chou**, como allí justamente se dice. Doce años y cinco meses desde el «caso», con luz, taquígrafos, calor, vergüenza, tontería, humillaciones y encumbramiento del **malo**, convertido de repente en **héroe positivo** a base de autoacusarse y **autoacusar** a sus amigos, presentes unos en la **hermosa velada** de la UNEAC, y ausentes y sin posibilidad de defenderse los otros, los que estábamos al otro lado del Atlántico. Pero no hay mal que cien años dure, aunque sí doce y cinco meses, y la **inseguridad** aquella (representada por bisños y entusiastas cuadritos, hoy en mejor destino, a buen seguro) y la **incultura** aquella (también representada por otros esforzados cazadores de desviacionistas, que asimismo estarán pronto en labores más adecuadas a sus facultades venatorias como pueden ser, por ejemplo, la caza del mosquito **Aedes Aegyptii**, o el **Amenofis E**, como le llaman al bicho causante del **dengue** mortal, o bien a la cría del conejo en granjas estatales) pueden volverse, esperamos, **seguras y cultas**, y cada cual a lo suyo.

LOS invitados españoles —Manuel Tuñón de Lara, elegante, crítico y sordo cuando le conviene; Federico Alvarez, todo entusiasmo y buena voluntad a la hora de sintetizar contrarios; Antonio Saura, más fino que el aire fino, más bien acompañado por su Mercedes (no un automóvil, por caridad, sino una muchacha mulata cienfueguera, su mujer, que para si quisiera más de un envidioso) y más artista que nunca; Montserrat Roig, toda cerezas, toda violeta, toda feminismo, toda amor, y si conviene valor (como Agustina Saragosa i Doménech, o Agustina de Aragón, barcelonesa como ella, que los catalanes hemos regalado, con esa prudencia que nos caracteriza, a los aragoneses, por si la moralidad de la heroína no estaba a nuestra gran altura, sustituyéndola en el santoral antifrancés por el pulcro Timbalero del Bruch, del que nunca pudo probarse, como Sant Jordi, si existió, ay); y, finalmente, el que este libelo escribe.

Todos fuimos recibidos en la **Casa de las Américas**, organizadora del Encuentro, por la plana mayor actual: Mariano Rodríguez, presidente de la Casa, Roberto Fernández Retamar, que acababa de estrenar nuevo libro —**Juana y otros poemas personales**—, y que allí estrenó auténticas lágrimas de emoción al saludarnos y al reencontrar al gato de la casa, y Chiqui, y Silvia, y Maruja y su resplandeciente y hermoso marido, para mi gusto el mejor poeta de Cuba, Pablo Armando Fernández, y el inteligente, por la libre y con cartilla, Alfredo Guevara,

viceministro de Cultura, al que debo muchas amabilidades y Marcia Leiseca, también viceministro de Cultura con Guevara, más lista y más bella después de cada divorcio...

Luego fueron llegando los demás: José Rodríguez Feo, Pepe a secas, hecho un primor, austero y joven como siempre, César López, por dios, sin Micheline, muerta en los años duros, y con su hija a la que casi vi nacer y que ahora es una belleza, de doce años, claro, y Tomás Gutiérrez Alea, el mejor director de cine que hubo nunca en el Caribe y parte del Continente, y Norberto Fuentes, el que estropeó la **hermosa velada del perro hinchado**, y Fayad Jamís, poeta y pintor y diplomático, y Moreno Fragnals, que estableció enseguida tremendas historias con nuestro historiador Tuñón de Lara, y Harold Gramatges, con su música, y Pablo Milanés y Silvio Rodríguez, con sus trinos, y el venerable José Z. Tallet y Angel Augier, y Cintio Vitier y Eliseo Diego, este último con un hijo de armas tomar, por lo bravo, y Wifredo Lam, reponiéndose de una apoplejía que le ha paralizado el brazo y la mano izquierda, afortunadamente como él dice, pues no le impide pintar con la derecha, y oh poderes de Changó, Ochún, Obatalá Oggú y Yemayá, el negro Walterio Carbonell, gastado pero reluciente como un héroe antiguo y con un cargo en la Biblioteca Nacional, al que dejé tumbando caña en el campo de trabajo «Patricio Lumumba», en Sibanicú, Camagüey, hace casualmente también doce años...

EN fin, pesa al **Encuentro** con mayúscula. Después de varias sesiones de las tres comisiones en las que fueron agrupados los asistentes al **evento** (factores económicos y sociales que afectan a la soberanía de los pueblos de América Latina, factores culturales que la limitan y problemas y situaciones actuales de los pueblos en lucha por alcanzar su soberanía), se llegó a una **Declaración Final** y a la creación de un **Comité Permanente de Intelectuales por la Soberanía de los Pueblos de América Latina**, que tendrá sede permanente en Méjico, que no dependerá económicamente más que de sí mismo (por no repetir experiencias tipo **Tribunal de la Paz** o, con distinto signo, **Congreso por la Libertad de la Cultura**), vale decir sufragados sus gastos por donaciones de cuadros, esculturas, partituras, obras de teatro, ediciones de novelas, cuentos, antologías, ensayos de gente que se pague bien en el mercado internacional no por aprovechadas donaciones invendibles. Forman dicho **Comité Permanente** García Márquez, Juan Bosch, Suzy Castor, Julio Cortázar, George Lamming, Miguel Otero Silva, Roberto Matta, González Casanova y otros que no recuerdo, hasta llegar a Ernesto Cardenal. A este sí le recuerdo, por su desafortunado discurso de clausura del día siete de septiembre, discurso que sólo salió extractado, con muy buen criterio, en la prensa de los dos días siguientes, por velar por el buen nombre del poeta, por su salud mental y por la de todos los que le oímos, avergonzados. Y flotando en el ambiente, la sombra de Haydée Santamaría, seguro que sonriendo.

J. Agustín GOYTISOLO